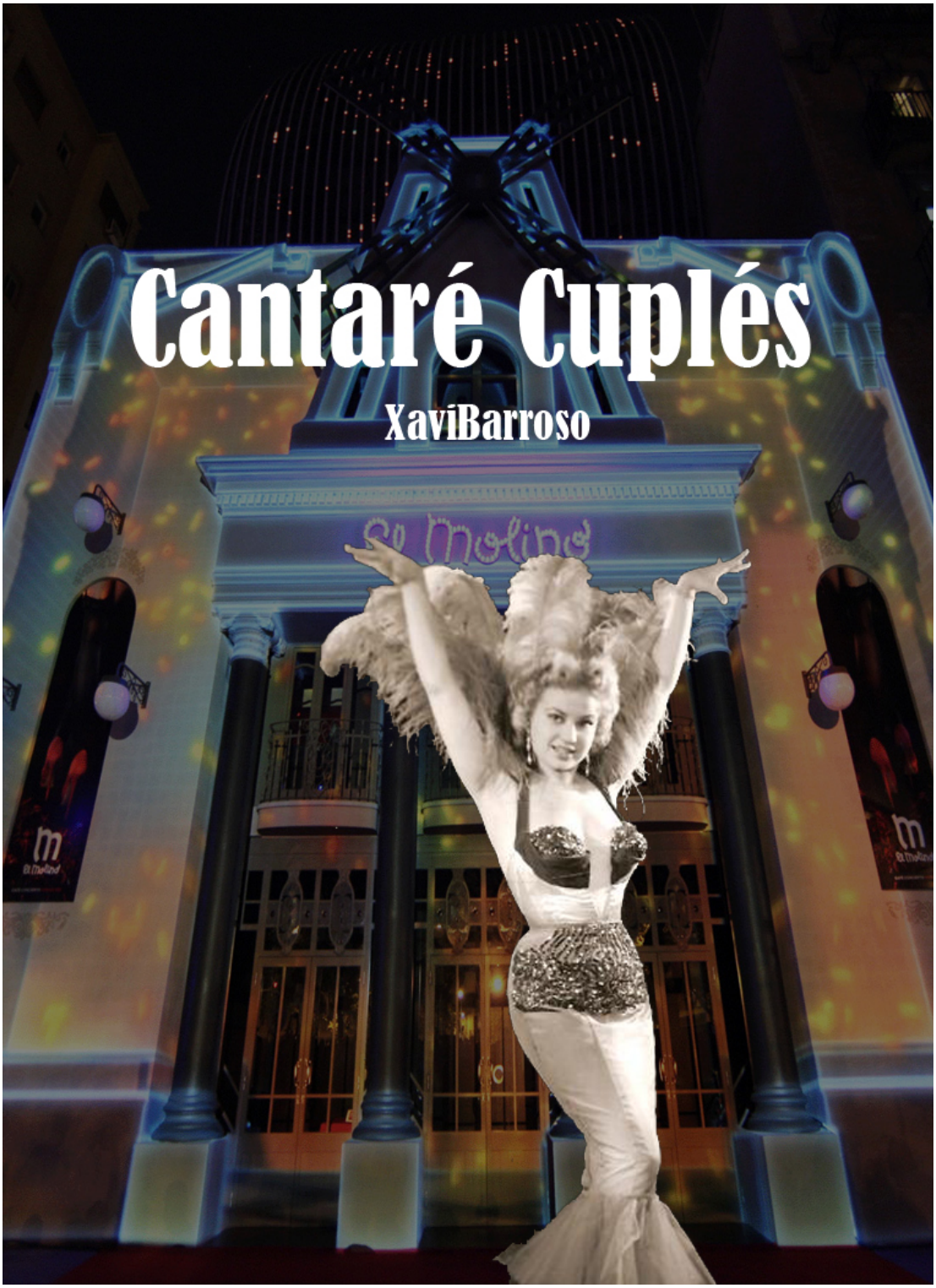
Cantaré Cuplés

Xavier Diaz Barroso



Capítulo 1

CANTARÉ CUPLÉS

La campana de un tranvía advierte de su presencia y compite acústicamente contra los carros de caballos, los gritos de los vendedores ambulantes y las conversaciones de los transeúntes. Tiene las de perder, pues es domingo por la tarde y la Avenida del Paralelo muestra sus mejores galas: parejas y grupos de amigos acuden para disfrutar de un buen espectáculo o para beber en uno de sus cafés. Y, por supuesto, para "hermanarse" con cualquiera de los marineros recién llegados al puerto. Hace apenas un año que has estallado la Gran Guerra y el Paralelo se ha convertido en el burdel de Europa.

En medio de ese festivo paisaje, Francisca avanza altiva y con paso firme. Una sonrisa permite que rehuya a un joven que quiere presentarle a su mono fumador. Las hijas de la burguesía de la ciudad no frecuentan esas latitudes y las miradas curiosas de muchos lo evidencian. Detiene su paso, ha llegado a El Café Español.

Que todo esté saliendo según lo planeado le produce cierta inseguridad. Ni el traje color verde pastel formado por una elegante falda larga y una chaqueta, ni la blusa de seda blanca, ni los guantes de piel, le aseguran que tendrá éxito. Francisca ha tomado prestado sus atuendos de la casa en la que sirve. Los señores pasan el fin de semana en la casa familiar del Maresme y, aprovechando que la mayoría de criados se han ido con ellos, se las ha ingeniado para escabullirse con uno de los modelos estrella de la hija mediana.

Francisca entra y observa la inmensa nave plagada de más de un centenar de mesas redondas alrededor de las cuales se amontonan todo tipo de obreros e intelectuales de la ciudad. Alcohol, tabaco y humanidad componen el aroma con el que se brinda. Ella posee esa pretendida belleza burguesa que triunfa en las revistas y en los espectáculos de pit i cuixa. Sus finas curvas y su tez mediterránea llaman la atención de toda testosterona con corbatín que se codea por el local.

Rápidamente, reconoce a su objetivo y se acerca.

–¿Es usted Jaume Balcells, el dramaturgo?

–¿Y tú eres? –dice el aludido con una mezcla de sorpresa y expectación.

–Puede llamarme Carmen.

Su descaro al sentarse en una de las sillas vacías no pasa desapercibido. La primera vez que se encontró con Jaume, amigo del señorito Tomàs, fue durante una recepción en casa de los Puig. Ella les servía la bebida y éste no le ofreció ni una mirada. Ahora, él concentra toda su atención en la recién llegada.

–Sé que usted tiene contactos en la escuela de cuplé de El Gordito y me gustaría que me ayudara a entrar.

–¿Por qué debería ayudar a una completa desconocida cuya voz podría sonar como la de los mismísimos patos?

–Entonces, ¿no es usted un hombre influyente?

Jaume se ríe a carcajada limpia, así como el resto de la mesa. En su mirada se empieza a percibir un atisbo de deseo. Francisca sonríe, pero no aparta los ojos de su interlocutor. Un alo de inseguridad crece por momentos. Centrarse en su objetivo ayuda.

–Mira, se nota que no eres de aquí. Tan solo necesitas dinero y, para eso, o te abres de piernas o se lo pides a tu padrecito.

Francisca se levanta. Sus pupilas desafían la templanza de Jaume. Una miga de incomodidad y una rebanada de excitación alimentan los ojos del joven.

–Aunque también puedes enamorar a un joven adinerado que te apadrine, señorita. –El alma de Francisca se relame. Eso es precisamente lo que está consiguiendo.

–Perdonen las molestias, ya dicen que en el Español hay más caballos salvajes que caballeros…

Todos ríen de nuevo. Francisca se gira y avanza hacia la puerta del local. Primera fase completada. Sabe que en unos años será dueña y estrella de uno de los teatros de la avenida. Y, entonces, cuando Jaume vaya a suplicarle que produzca uno de sus textos, lo tratará con la misma condescendencia.